

licos fueron á tributarle los últimos deberes, y mediante algun dinero recogieron su sangre en unos pañuelos. Su rostro, lejos de haberse desfigurado con la muerte, quedó tan hermoso, que los mismos turcos se quedaban admirados. Segun la costumbre que se observa con los que mueren ejecutados por la justicia, debia permanecer su cadáver tres dias tirado en el suelo; pero los mercaderes de Angoura, compatriotas suyos, consiguieron, á fuerza de dinero, licencia para enterrarlo al dia siguiente. Lleváronlo en triunfo al cementerio seguidos de un pueblo innumerable, que se afanaba por besar sus pies y tocar diversos objetos de su cuerpo; su cabeza fué secretamente conservada para remitirla á Angoura. El arzobispo católico hizo una sumaria informacion sobre esta muerte, y la remitió á la Sagrada Congregacion. Este era el tercero de los que en el espacio de pocos años habian sufrido por la misma causa una muerte tan digna de envidia; muerte demasiado gloriosa, para que hayamos podido resistir al deseo de ponerla en paralelo con el desastroso fin del conde de Bonneval.

Lo que ocupaba mucho á los misioneros de Constantinopla era el cuidado de los esclavos del baño ó mazmorra del gran señor. El baño, llamado asi de la palabra italiana *bagno*, á causa de un baño que en él tenían los turcos, es un vasto recinto rodeado de fuertes y elevados muros, con una sola entrada de doble puerta custodiada siempre por una numerosa guardia. En medio de este recinto, se elevan dos sólidos edificios de figura casi cuadrada, pero de desiguales dimensiones, conocidos con los nombres de grande y pequeño baño, y cuyo destino es servir de cárceles. A su interior solo penetra la luz por la puerta y alguna que otra altísima ventana atravesada por gruesas barras de hierro. Allí es donde se encierra á los cristianos prisioneros de guerra, ó apresados sobre algun bajel enemigo de la Puerta. Los oficiales habitan de dos en dos ó

de tres en tres en una especie de celdillas, y la tropa se aloja al descubierto, en una especie de estrados ó tablados de madera contruidos á lo largo de las murallas, donde cada prisionero apenas tiene mas sitio que el que necesariamente ocupa con su cuerpo. En un extremo de cada baño, se han construido dos capillas, de las cuales una es para los prisioneros del rito franco, y la otra para los del rito griego y moscovita. Cada una de ellas tiene su altar y sus pobres ornamentos separados. Estas capillas tenían antiguamente, para su comun servicio, campanas bastante buenas; pero los turcos las quitaron, pues decian que su sonido quitaba el sueño á los ángeles que venian á pasar la noche sobre el techo de una mezquita recientemente edificada en las inmediaciones. Cerca del pequeño baño se edificó tambien y adornó con las limosnas de los fieles una pequeña iglesia bastante bien provista y hasta con algunas alhajas, bajo la advocacion de San Antonio, y esta es la capilla destinada para los oficiales y los enfermos. Los prisioneros eligen cada año un contador ó prefecto del baño, y bajo su dependencia un sacristan á quien se entregan todos los objetos mediante inventario, y este los pasa con la misma formalidad á su sucesor al espirar el año. Cada prisionero, ó sea cada esclavo, lleva de continuo una ó dos cadenas sobre su cuerpo. Todos los dias del año, escepto cuatro festividades solemnes, tienen que ir, al despuntar la aurora, á trabajar al arsenal ó á otras obras públicas, y para este objeto los sacan del baño en grupos de treinta ó cuarenta, y encadenados de dos en dos. Su alimento consiste en dos malos panes negros diarios, para cada hombre. A la caída del sol vuelven á ser conducidos al baño. Aquellos de quienes los cómitres turcos han quedado contentos durante el trabajo, permanecen separados unos de otros; mas los que ellos quieren castigar, tienen que entregarse al trabajo encadenados mutuamente. A la hora que hemos dicho, se da la voz de vol-

ver al baño, y apenas han entrado y sido contados y amontonados en el recinto, cuando se vuelven á cerrar las puertas con duplicados cerrojos para no volver á abrir hasta la mañana siguiente. Aunque caigan enfermos no les es permitido salir de su encierro: allí es preciso que permanezcan encerrados y siempre con la cadena hasta que se mueren, y aun en ese caso no se olvidan los cómitres de emplear algunas precauciones. Asi es que antes de dar tierra en los cementerios públicos á los cadáveres de estos desgraciados, son detenidos en la gran Puerta del baño, y traspasados de parte á parte una y otra vez con un estoque, á fin de observar si en realidad están verdaderamente inanimados.

Los servicios que los jesuitas prestaban á estos infelices, se reducian á mantenerlos en el temor de Dios y en la fé, proporcionarles algunos alivios de parte de la caridad de los fieles, asistirlos en sus enfermedades, y por último, ayudarles á bien morir. Además de las visitas que les hacian durante el curso de la semana, iban dos jesuitas todos los domingos y festividades del año á las dos prisiones, encerrándose desde la vispera con los presos. El Padre de cada baño tenia una celdita á parte, á la que se retiraba cuando no habia enfermos que visitar. Despues que los prisioneros habian tenido un rato de descanso y tomado algun alimento, se daba la señal para la oracion. Al concluirse esta pronunciaba el religioso una plática que duraba una media hora, sobre algun punto interesante y que ofreciese alguna analogia con la situacion actual de los oyentes, y luego se sentaba al confesonario por espacio de varias horas. Acabadas las confesiones, el Padre se retiraba á descansar un rato, no siendo que hubiera que asistir á algun enfermo moribundo. A las cuatro de la mañana en invierno, y á las tres en verano, se levantaba todo el mundo á oír misa, en la que el sacerdote hacia una oportuna explicacion del Evangelio. Despues de la misa y de

dar gracias los que habian comulgado, se colocaba el Padre á la puerta de la capilla, y repartia á los presos, conforme iban pasando, las limosnas que habia podido recoger: hecho esto, abrianse con grande estrépito las puertas de las mazmorras, y cada preso iba á hacerse encadenar con el compañero con quien debia volver al trabajo.

Como en tiempos de peste era necesario estar en disposicion de socorrer á los que de ella eran atacados, y los jesuitas no tenían mas que cuatro ó cinco misioneros, se acostumbraba á enviar al baño un solo Padre que permanecia encerrado en él todo el tiempo que duraba la epidemia. El jesuita á quien sus superiores daban licencia para ejercer este sublime acto de caridad (para conseguir lo cual nunca faltaban fervientes solicitudes de los demas y hasta del mismo superior) se preparaba con algunos dias de piadoso recogimiento, y se despedia de sus hermanos como si estuviese próximo á la muerte. No se escapaba efectivamente de ella algunas veces, aunque otras no llegaba á consumir su sacrificio.

El P. Jacobo Cachod, que en Constantinopla y en Malta era llamado *padre de los armenios* y *padre de los esclavos*, este religioso que casi incesantemente se empleó en las obras de caridad que mas peligro ofrecian, sea en el baño, sea en los buques y galeras del gran señor, escribia en 1707, año en que la peste se desarrolló tan furiosamente que arrebató casi la tercera parte de la poblacion de Constantinopla: «Ahora me he hecho superior á todos los temores que inspiran las enfermedades contagiosas, y Dios mediante, no moriré ya de esa dolencia despues de los azares que acabo de correr. Salgo del baño donde he administrado los últimos Sacramentos y cerrado los ojos á noventa personas, únicas que han muerto durante tres semanas en aquel sitio tan desacreditado, mientras que en la ciudad, y respirando el ambiente libre, las personas fallecian á mi-

llares. Durante el día puedo decir que al pa-
recer nada me asombraba; pero al venir la
noche, en el poco espacio de tiempo que me
era dado reposar, sentía mi ánimo poseído de
ideas aterradoras. El mayor peligro que he
pasado y que quizás pasaré en toda mi vida,
fué en la bodega de un navio de ochenta y
dos cañones. Los esclavos de acuerdo con
los cómitres me habían hecho bajar allí al
anochecer para poderlos confesar durante la
noche y decirles misa al rayar el día. Está-
bamos encerrados con dobles cerrojos segun
costumbre. De cincuenta y dos esclavos, á
quienes administré los Sacramentos, doce es-
taban enfermos y tres murieron antes que yo
saliera. Juzgad qué aire sería el que se res-
pirase en aquel sitio cerrado y sin la menor
ventilación! Dios que por su bondad me ha
salvado de aquel trance, me salvará también
de muchos otros.

Los cristianos, reducidos así por los tur-
cos á tan dura esclavitud, no perdian entre las
cadenas el sentimiento de su dignidad nativa,
ni el amor á la libertad. De ello dieron una
prueba en 1760. Habiendo el capitán-bajá, ó
sea gran almirante de la Puerta, salido de
Constantinopla para ir á recoger los tributos de
las islas del Archipiélago, setenta cristianos se
aprovecharon del momento en que aquel ha-
bia desembarcado para apoderarse del buque
que montaba, y lo consiguieron sin mas armas
que sus cuchillos, á pesar de la resistencia de
la tripulación compuesta de trescientos turcos.
Dos carabelas y otro buque mayor salieron en
su persecucion, pero los cristianos los desvia-
ron á cañonazos y arribaron afortunadamente á
la isla de Malta. El bajel de que se habían apo-
derado y los turcos prisioneros quedaron en
poder de la órden; pero todo el importe de los
tributos que el capitán-bajá había cobrado en
el Archipiélago se dejó en beneficio de los es-
clavos generosos, que á riesgo de su vida y
con tanta intrepidez se habían sustraído al
oprobio y las miserias de la esclavitud. No nos

detendremos en pintar la cólera del sultan, sus
terribles amenazas ni sus aprestos militares
contra la órden de Malta. Luis XV. contuvo sus
efectos con su mediacion. El barco apresado
fué devuelto como en regalo al gran señor en
1764: el capitán-bajá volvió nuevamente á
salir del puerto de Constantinopla á cobrar las
contribuciones del Archipiélago, y no se vol-
vió á hablar de los esclavos fugitivos, ni de los
caballeros que les habían dado asilo.

Además de Constantinopla, en Tracia, las
casas de los misioneros de Grecia estaban si-
tuadas en Esmirna, Jonia; en Tesalónica, Ma-
cedonia; Scio, Naxia; Santorin, en el Ar-
chipiélago.

Antes de concluir de hablar de esta mision,
daremos algunos detalles que ofrecen cierta no-
vedad acerca de los monges del monte Athos,
que los griegos denominan *Agion oros*, esto es,
montaña santa. De veintidos monasterios que
habian existido antiguamente en ella, se habían
arruinado ya dos, y así solo quedaban veinte
en la época á que nos referimos.

La estension de los oficios que á diversas
horas del día y de la noche se cantan en dichos
conventos causa mucho, y el rigor de los ayu-
nos hace sea muy austera la vida que allí se
observa. Al principiar la gran cuaresma pa-
san casi tres dias enteros sin comer ni beber,
esto es, el lunes, el martes y el miércoles de
quincuagésima, en cuyo tiempo permanecen
cerradas la cocina, la despensa y el refectorio,
y solo al dar las tres ó las cuatro de la tarde
del miércoles, es cuando van á tomar el pri-
mer alimento. Sin embargo, no todos los monges
son tan mortificados, pues algunos reservan
en su celda con que tomar secretamente algun
refrigerio. La misma austeridad se practica al
fin de la Cuaresma, pues desde el alimento
que toman el Jueves Santo, pasan sin comer ni
beber hasta el Sábado Santo por la tarde. Este últi-
mo ayuno, aunque menos largo, es mas duro que
el primero, ya porque coje los cuerpos debili-
tados por las abstinencias anteriores, y ya tam-

bien porque permanecen mas horas en el coro.
Durante toda la Cuaresma está prohibido el
uso del aceite y del vino. En todo lo restante
del año ayunan el lunes, el miércoles y el vier-
nes lo mismo que en Cuaresma, esceptuando
el tiempo de Pascuas que concluye en Pente-
costés. Todos estos ayunos están mandados por
la regla, y por rigurosos que sean, aun hay
algunos monges que se mortifican haciéndolos
mas penosos, y es admirable cómo con una
vida tan penitente pueden llegar hasta la vejez
mas decrepita. Téngase presente lo que se
practica en la Trapa; pues aun no se parece
en nada á aquello; de manera, que es preciso
que el clima, el temperamento y la costumbre
tengan parte en este prodigio. Permitasenos
hacer de paso una reflexion que nos aflige;
cuánto mérito perdido, cuánta virtud inutili-
zada por el espíritu del error y del cisma!

Los superiores de estos monasterios son
electivos y la asamblea capitular los elige to-
dos los años. Naturalmente no hay tanta dis-
posicion á respetar una autoridad de tan corta
duracion y que está siempre próxima á espirar;
pero los monges que ocupan el puesto saben
hacerse respetar y castigan severamente á los
que les faltan al respeto. La prision es el cas-
tigo reservado para las faltas graves; pero al
menor motivo de disgusto, ponen á sus súbditos
en penitencia y esta es de un género bastan-
te singular. Consiste en un gran número de
palos que les hacen aplicar en la planta de los
pies; y si el culpable se muestra rebelde ó
quiere huir, se acude al brazo secular, lo en-
tregan inmediatamente á manos del agá turco y
este á las de sus ejecutores, que en fuerza de
una larga esperiencia son bastante diestros en
manejar el palo. Así es como se mantiene la
disciplina monástica, advirtiéndole que para nada
de esto necesitan reunir capítulo, ni formar
causa, ni pronunciar sentencia, cuyas formal-
dades no diremos que abrevian, sino que les
son enteramente desconocidas.

El agá es el comisionado por la Puerta y

nombrado por el gran señor para cobrar el tri-
buto anual que se hace pagar á estos pobres
religiosos; él les obliga á pagarlo y además se
mantiene á espensas de los monges. Existe un
mútuo convenio de cuánto deben darle sema-
nalmente en víveres y en dinero, y solo á este
precio pueden comprar su proteccion. Para
ocurrir á estos multiplicados gastos, envian los
superiores cierto número de religiosos á men-
digar no solo por el interior de Grecia y las islas
del Archipiélago, sino hasta por Constantinopla
y Rusia. Para esta comision procuran elegir los
hermanos que tienen mas resolucion y destreza,
y esto será causa de que por último se pierdan
estos monasterios y desaparezca de ellos la re-
gularidad. Es muy difícil que el trato del mun-
do, siempre contagioso para personas religio-
sas, no les haga perder la pureza de alma,
que solo se mantiene con el retiro, y que rete-
niendo en su memoria lo que han visto por el
mundo, vuelvan al claustro menos monges que
cuando salieron de él. Ellos mismos confiesan
de buena fé que esta práctica les causa un per-
juicio muy considerable, pero que la necesi-
dad les obliga á esponer á sus súbditos á las
desgracias y daños consiguientes á la disipa-
cion del alma; pues cuando estos postulantes
salen bien de su comision, llegan á creerse
indispensables, se acostumbran insensible-
mente á despreciar á sus hermanos y á no
respetar á sus superiores, quienes tienen con-
sideraciones con ellos por debilidad y los ha-
lagan por interés.

Estos monasterios son demasiado pobres
para que la pobreza sea bien observada en
ellos, y como la comunidad no suministra á
sus individuos todo lo necesario, cada cual
trata de juntar algo de dinero para remedia-
se y poder comprar hábitos. El monasterio
hereda á los monges que mueren en él, y no
faltan casos de haberse encontrado algunos pec-
culios de mil y dos mil escudos, de los cuales
el Padre procurador se apodera en el acto en
nombre de la casa. Las herencias mas consi-

derables provienen de aquellos á quienes por una módica retribucion se les ha dado vitaliciamente alguna heredad del convento que ellos usufructuan y labran á su costa. Entre estos religiosos no se ve reinar aquella uniformidad tan apetecible y tan preciosa en las comunidades. Los que al hacerse monges dan una suma considerable, viven por decirlo así á discrecion: no se les obliga á las observancias regulares con tanta severidad como á los demas; se les dispensa fácilmente de asistir á los divinos officios, sobre todo cuando son muy largos; y en una palabra, disfrutan de una libertad y unas comodidades que no se consienten en los demas; diríase que el título de bienhechores les dispensa de hacer bien.

Hay monges que se dedican á toda clase de officios, y á quienes acuden los demas á comprar lo que les hace falta: la mayor parte de aquellos viven fuera de los conventos, y llenan las poblaciones donde el agá turco fija su residencia. Estos tales tienen tiendas abiertas y celebran un mercado ó dos cada semana. En todos los monasterios hay campanas como en los países cristianos, y se alcanza fácilmente el permiso de tenerlas, pues los turcos son de buen componer cuando se trata con ellos mediando oro ó plata. Los viageros franceses que son amigos de exagerar y dar á todas las cosas un colorido brillante, hacen subir el número de estos religiosos á diez ú once mil. Los misioneros aseguran que es preciso rebajar mas de la mitad; no cuentan mas que cuatro ó cinco mil, y aun esto es mucho, pues es asignando mas de doscientos á cada monasterio. Es de advertir que, á pesar de sus grandes ayunos, no son ciertamente los mas humildes ni sufridos de todos los hombres: su bilis se arrebatá fácilmente, y á la menor contradicción se injurian mutuamente y cargan de imprecaciones. «¡Mal año te dé Dios!» se dicen unos á otros: «¡anatematizado te veas!» Los postulantes, en sus correrías, escandalizan con vergonzosas debilidades, y á fin

de evitar los rigurosos castigos que se imponen á sus desórdenes conocidos, hacen bancarrotá con el monasterio, apostatan y se retiran á países extranjeros. No habia que temer semejantes escenas en *Monte santo*: aquí se tomaban eficacisimas medidas para precaverlas, y no se permitia que ninguna muger se presentara en el rádio de la montaña. Por esto pensaron los jesuitas establecerse en *Monte santo*, á fin de fundar una escuela donde se enseñára el griego literal y la teología, y educar en los principios de la comunión romana á unos jóvenes monges que cuando hubieran llegado á ser maestros habrían difundido la sana doctrina. «Nada seria mas útil para destruir el cisma, decía uno de aquellos Padres á un monge, natural de Bolonia en Italia, y por lo tanto ortodoxo.» — «Así es, respondió este: en este país los pueblos siguen ciegame las impresiones de sus pastores, y por eso son los clérigos y particularmente los religiosos los que con sus palabras, acreditadas por una regularidad constante y una austeridad escrupulosa, autorizan el error. Los pueblos caen fácilmente en este lazo: no pueden creer que los que parece viven tan bien piensen tan mal, y no dudo que la conquista de *Monte santo* seria seguida de la de casi toda la Grecia. Convengo, pues, en que es un proyecto admirable, pero la ejecucion presenta dificultades: seria indispensable encontrar misioneros que fuesen tan abstemios y tan grandes ayunadores como los griegos, y eso no es dado á todos.» — «Eso no nos detendria, replicó el jesuita: nuestros Padres de las misiones del Malabar y del Maduré viven como los penitentes de aquel país: la abstinencia y el ayuno no causan espanto á unos varones verdaderamente apostólicos: un celo ardiente sabe dominar á la naturaleza y se acostumbra á todo y á todos.» — «Sea así, replicó el monge; pero ¿cómo habiais de vencer la insuperable aversion que os profesan? No podeis imaginaros hasta qué punto llega, ni

con qué mala voluntad os miran. Tienen un libro que le llaman *Monocanons*, que es su único casuista, y como si dijéramos su segundo Evangelio. Para hacerlo mas respetable, no dejan leerlo á los seglares, y estos tienen que creer lo que acerca de él les dicen. Yo he tenido casualmente un ejemplar en mis manos, y al abrirlo tropecé con un capítulo intitulado, *Peri ton Phrancon kai Latinon*, esto es, Francos y Latinos. Lo leí con atencion y lo grabé en mi ánimo de modo que jamás se me olvidase. El mejor epiteto que nos dispensa, es el de lobos: en él se establece por principio fundamental que todos los que están sometidos al Papa y reconocen su primacia viven hace ya mucho tiempo fuera de la tradicion de los Apóstoles y de la Iglesia católica, y sin ley como los bárbaros; estos son sus propios términos. Además de la acusacion ordinaria de haber añadido al *Credo* que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y de celebrar la misa con pan ázimo, aseguran como un hecho positivo que Nuestro Señor consagró pan fermentado; que habiendo Judas recibido un pedazo, corrió en el acto á enseñarle á los judíos; y de este modo justifican al traidor y hacen á Jesucristo criminal y prevaricador de la ley. A nosotros nos hacen pasar por nestorianos, y nos acriminan de que no llamamos Madre de Dios á la Santísima Virgen, sino solamente Santa Maria; de que ayunamos los sábados aun cuando la Navidad caiga en uno de estos dias; de que no principiamos la santa cuaresma hasta el miércoles de quinquagesima; de que en cuaresma no cantamos *Aleluya*; de que no hacemos la señal de la cruz hasta el suelo: de que no unguimos á los pecadores antes de darles la comunión; de que en nuestros templos no pintamos la historia del martirio de los Santos, sino solamente la figura de la cruz: tambien nos hacen un crimen de dejar rasurarse á nuestros clérigos y prohibirles el

matrimonio. Este capítulo contenia aun otros puntos de acusacion, pero dió la casualidad de estar rota la hoja del ejemplar que yo tenia á la vista y no pude satisfacer mi curiosidad. Con tales preocupaciones, añadió el monge, ¿cómo quereis que nuestros religiosos se avengan á escucharos? En vano combatiriais sus prácticas con las razones mas claras y convincentes; en vano les instariais á que os respondieran. La única respuesta que acaso os darian, seria este apotegma: *Nuestra ley lo manda así*. A esto se atienen y aferran obstinadamente. Por unos monges ancianos he sabido que uno de vuestros hermanos, y despues de él el doctor Rhodino, natural de la isla de Chipre, hicieron en otro tiempo la tentativa de que me hablais; pero respondieron á su proposicion que no se podia conceder lo que pedian; que si los jóvenes monges llegaban á ser sabios, despreciarian á los ancianos que son ignorantes; que cuando se hubiesen aficionado al estudio, no querian ya cultivar la tierra, ni dedicarse á officios mecánicos; que apoderándose de aquellas jóvenes cabezas la ambicion, les persuadiria á dejar los monasterios para ser obispos; que la envidia se iria tambien introduciendo insensiblemente entre los jóvenes; que las distinciones que se establecerian entre ellos les serian odiosas, y que los que se destinarian á cantar en el coro ó á trabajar el campo, no verian con buenos ojos á sus hermanos ocupados en la sublimidad de las ciencias. A todo esto añadieron los monges que, si llegaban á recibir en el recinto de sus monasterios á los religiosos francos, se harian sospechosos á los turcos, y acaso se malquistarian con los czares de Moscovia, cuya proteccion y favor estaban tan interesados en conservar. Todas estas objeciones taparon la boca á los suplicantes, é hicieron malograr el proyecto.

Los detalles de la mision de Grecia deberian ir acompañados de datos sobre las misio-